

mantener la conciencia del proletariado en el primer nivel, a diferencia del partido revolucionario, que se esforzará en hacerla evolucionar hasta su cristalización en conciencia de clase.

Otro concepto cuya evolución en los textos teóricos de marxismo sigue también Weber es el de aristocracia obrera, utilizado, como vimos, ya por Engels, y recogido más tarde, aunque con una aplicación diferente, por Lenin. Este llegará más sutilmente a distinguir entre aristocracia obrera y la burocracia que se desarrolla en su seno. Distinción que ampliará el sociólogo alemán Michels, quien hablará incluso de "deformación burocrática" como tendencia inevitable de cualquier organización, y "degeneración burocrática", realizable sólo bajo determinadas condiciones y, por lo tanto, perfectamente resistible.

Después de analizar el fenómeno de burocratización de la II Internacional, que pudo haberse evitado parcialmente, llega el autor a una serie de conclusiones como son las de negar cualquier relación de causa a efecto entre condiciones objetivas y reformismo del movimiento obrero, señalar incluso la actividad de la vanguardia del proletariado como elemento integrante de esas mismas condiciones objetivas y deducir de todo ello la posibilidad real de romper el círculo vicioso entre la influencia burocrática y la consolidación del reformismo obrero, siempre y cuando esa misma vanguardia sepa instaurar una "dialéctica a tres bandas" mediante la organización alternativa de un partido revolucionario que propicie una práctica real y autónoma de masas como respuesta a los intentos integradores de las organizaciones reformistas.

Desde su posición a la izquierda de los dos partidos signatarios del Programa Común francés, Weber señala la necesidad de aprovechar las contradicciones inevitables de la unión de la izquierda (hoy deshecha) hasta provocar su desbordamiento. Fascinado por la huelga de Lip, por más que aluda a su carácter, hoy por hoy excepcional, el autor cree posible la multiplicación de este tipo de experiencias conforme se agudice la crisis del capitalismo. Incluso pronostica: "la clase obrera francesa vivirá en los próximos años la experiencia de una nueva explosión generalizada de lucha (de una nueva situación prerrevolucionaria)". ¿Un nuevo mayo del 68? ¿Cuánto tardaría esta vez en reaccionar el sistema? ■ JOAQUIN RABAGO.



J. R. R. Tolkien.

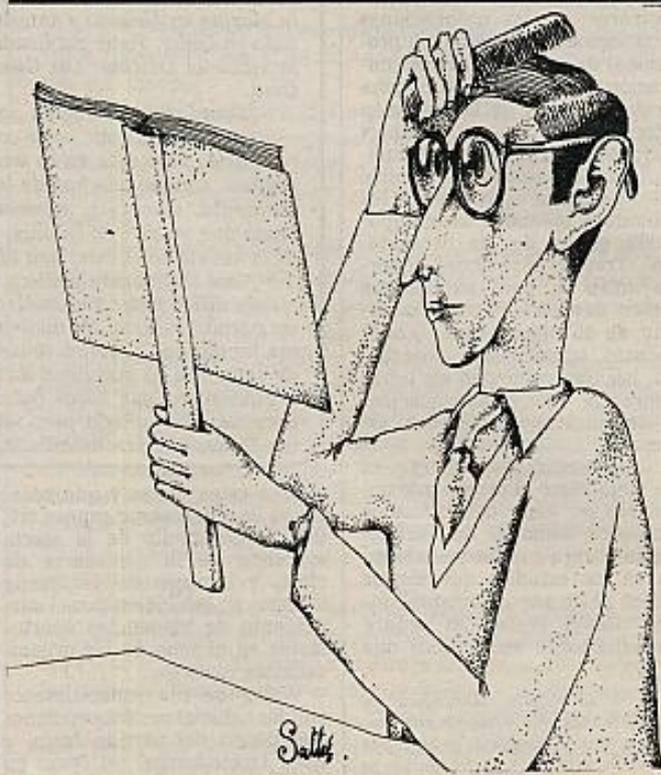
## Invencción de un mundo, invención de un lenguaje

Si el profesor J. R. R. Tolkien —profesor además de filología— hubiese visto las traducciones al argentino de sus obras "El señor de los anillos" (1) y "El hobbit" (2), seguro que se hubiese muerto; o tal vez, como era un hombre poco dado a los excesos, simplemente se hubiese desesperado. Pues su obra es la creación de un mundo por un lingüista y se basa, por lo tanto, en un lenguaje y en un estilo muy determinados. Aparentado como está el libro de su componente formal a puro nivel estilístico, queda privado de una parte importantísima; por ello, es comprensible que críticos literarios que no conocían su obra en inglés y que solamente la han leído ahora en su versión española, clamen ahora que no comprenden por qué el éxito casi universal de Tolkien y la admiración que causa al mismo tiempo entre los más incultos de los "hippies" y entre los más ensalzados intelectuales.

La obra de Tolkien es una especie de mezcla entre el cuento de hadas y la novela de caballerías; se nos presenta como la crónica de un mundo que no es exactamente el nuestro, que está separado de nosotros por abismos de tiempo y espacio, y donde la magia y el contacto con seres no humanos son cosa corriente; de hecho, los protagonistas de Tolkien no son humanos, sino hobbits: una especie de enanitos de pies velludos, que viven en agujeros y se caracterizan por su glotonería, su sentido de la hospitalidad y su

odio por todo aquello que les arranque de la rutina, aventuras o desventuras. A su lado hay elfos, espíritus muy humanos de la Naturaleza e inventores del lenguaje, enanos que cavaban minas y túneles espléndidos en las entrañas de la tierra, valientes y dispuestos a todo con tal de defender su oro —que les es robado regularmente por dragones y otras malas bestias— y un metal aún más precioso, el mithril, que en élfico significa "plata viva"; también hay magos buenos y malos, y una especie de demonio viviente, el Señor Oscuro, que es el antagonista de esta historia, y que se hace servir por trasgos y duendes diabólicos, seres miserables y horribles, que aborrecen lo que para Tolkien es fundamentalmente bueno: la luz del sol, la luna y las estrellas. Y, por supuesto, hay hombres: hombres en su mayor parte esforzados y valerosos, pero también capaces de traicionar o de sucumbir a la ambición. Y toda esta obra fantástica, de brujos y duendes, de espíritus buenos y malos, de divinidades de los bosques y los ríos y de caballeros montados en blancos corceles no se nos hace increíble por dos razones: primera, por lo minuciosamente que, está todo narrado; no se nos escapa ni un detalle de la vegetación y topografía que sus héroes recorren en sus larguísimo viajes; hay incluso mapas para que podamos seguir geográficamente el curso de sus aventuras. Y

sobre todo, por un recurso de filólogo. Al escribir el "Hobbit", del que más tarde desarrollaría la trilogía de los anillos, Tolkien no se conformó con inventarse una historia más o menos coherente y describir un mundo, sino que además lo dotó de un lenguaje particular. O mejor dicho, de varios: el quenya y el sindarin, lenguajes de los elfos; el westron, o idioma común a todas las especies, y los diversos lenguajes de los hombres y de los enanos. Estos lenguajes, traducidos al inglés respetando sus reglas —lo que nos da un inglés a la vez simple y antañón, desusado, que los malhadados traductores (nunca más traidores que en este caso; Tolkien los habría clasificado entre sus duendes maléficos, una de cuyas características era la de hablar una jerga cada vez más corrupta) no han sabido darnos en castellano— son la verdadera trama del relato, en torno a los cuales se desarrolla toda la historia de un mundo, que no se nos cuenta —no es necesario, pues se trata de la Historia—, pero que se nos sugiere; los personajes de este cuento hacen continuas alusiones a otros cuentos, a otras leyendas anteriores a ellos de los que sólo conocemos fragmentos, pero que explican y justifican la acción de lo que se nos narra. Consigue, por estos artificios, una singular coherencia, una realidad hecha de palabras y de signos; crea así una poética completa, al construir un mun-



(1) Ed. Minotauro.

(2) Ed. Sudamericana; lo han traducido con el horrible y falso título de "El hobito", que nada tiene que ver con el original "hobbit".

do en el que todo se basa en la palabra; por eso los elfos, los personajes de este mundo ficticio que más se asemejan a los antiguos dioses que poblaron el nuestro, adquieren un poder sobre lo real que en otro contexto podríamos calificar de mágico: porque ellos nombraron las cosas por primera vez, en la aurora de los tiempos. Y es precisamente esta consistencia lo que aleja a Tolkien de lo fantástico tradicional —Dunsany, por ejemplo—, y lo hace uno de los precursores de la moderna ciencia-ficción o de una de sus ramas, que es la fantasía heroica.

Lo que aproxima al "Señor de los anillos" a la novela de caballerías es su carácter moral. En "La infancia recuperada", Fernando Savater ha explicado claramente las características fundamentalmente morales de este universo: los malos son malos absolutos, hasta el punto de que incluso su aspecto rezuma maldad y causa repugnancia: negros, contrahechos y repugnantes, viven como sabandijas y sólo comprenden el mal. Los buenos, sin embargo, viven en un mundo de bondad y belleza; belleza a veces melancólica, como la de los elfos que viven el atardecer de su raza, y a veces resplandeciente, como la luz del sol. Son abnegados, valientes, caballerosos, fieles, leales..., para qué seguir. El amor, en las pocas ocasiones en que se produce, se parece más al "amour courtois" de los antiguos trovadores que a la pasión que nosotros conocemos: es platónico, inocente, puro y a veces aun callado, y acaba con el matrimonio o con la muerte de los enamorados. Y la misma trama de la novela —la destrucción en las llamas de un volcán, del anillo de poder que permitiría al Señor Oscuro ganar la guerra de destrucción que ha emprendido contra todos los habitantes de Tierra Media— está tratada como una empresa caballeresca: es un peregrinaje del Hobbit Frodo Baggins, acompañado por su escudero Sam Gamgee y por otros esforzados paladines, miembros de todas las "razas libres" de Tierra Media —elfos, enanos, hombres y hobbits— al centro mismo del horror, llevando sobre sí un objeto del horror mismo, el anillo, que le incita siempre a usar de su poder, haciéndole entrar así en el terreno del Mal Absoluto. Sólo gracias a sus valores se salvará Frodo Baggins, y será su virtud la que le haga llevar a buen fin su empresa.

Como buen escritor de derechas, Tolkien se propuso inventar un mundo; como Borges, como Proust, como Balzac, incapaces todos ellos de soportar el desorden y el caos que vivimos

y del que formamos parte, ha escrito un universo ordenado, donde no hay ni una posibilidad de que las cosas escapen a las rigurosas leyes del orden. Esto hace de "El señor de los anillos", una de las novelas menos fantásticas o menos mágicas que se puedan encontrar. No hay posibilidad de sorpresas con Tolkien, y sus seres no humanos no dejan de ser por ello naturales. Ha creado un mundo "como debe ser". Ha sido, en una palabra —y repito, como Borges o Balzac— un demiurgo razonable. ■ E. HARO IBARS.

## Comunistas en la Iglesia

Alfonso Carlos Comín ha escrito recientemente dos libros. Uno que recoge sus confesiones y reflexiones después del Concilio Vaticano II (1), y otro en el que se centra sobre el gran problema de tanta actualidad como es la relación cristianismo-marxismo (2).

El primero tiene el tono íntimo de algo arrancado de sus fibras interiores. En realidad, Comín es siempre un "confesante", alguien que vive tan profundamente su vida que todas sus afirmaciones o negaciones son en el fondo confesiones personales.

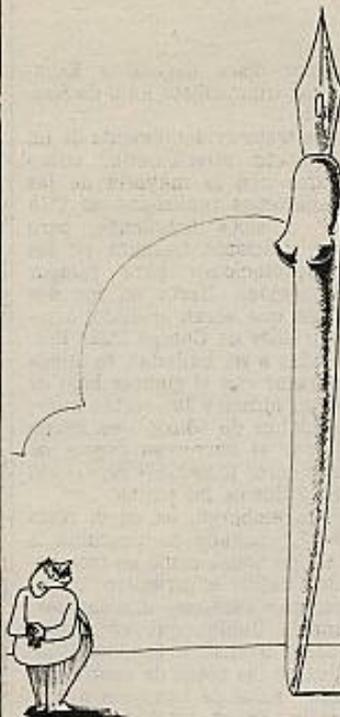
Lo divide en dos partes más extensas: **Cultura desde la fe y Libertad de la palabra en la Iglesia**. Y termina con una tercera parte: **Sobre la militancia de los cristianos en el partido**, que enlaza con su otra publicación antes referida.

Comín supone un fenómeno religioso nuevo en el país. Es un militante cristiano, que con toda su vida es un testimonio ejemplar de su encarnación concreta del Evangelio, y esta encarnación comprometida la lleva al final de su proceso a aceptar unos planteamientos políticos y sociales con la misma convicción que su fe, y como consecuencia no lógica, pero sí vital y personal de ella. Este ejemplo fue el que más espectacularmente rompió el juego de esos estrechos moldes sociales de la Iglesia española que veía —y que ve en gran parte todavía— con recelo el socialismo marxista y, en particular, el comunismo.

Pero ante este sincero y positivo testimonio, no cabe más que una sola pregunta: ¿no debería hacer la Iglesia oficial una revisión de sus recetas morales

(1) A. Comín: *La reconstrucción de la palabra*. Ed. Paulinas. Madrid, 1977.

(2) A. Comín: *Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia*. Ed. Laila. Barcelona, 1977.



RIC RIC

condenatorias de la militancia marxista como si fuera el máximo peligro para la fe, cuando vemos en carne y hueso a cristianos de una pieza —como es el caso Comín— que siguen con el mismo entusiasmo evangélico que antes, y al mismo tiempo adoptan una sincera convicción activa socialista marxista o comunista?

Es Comín un hombre que "cree en Dios", pero en un Dios rehecho día a día para evitar su imagen alienante, producto antropomórfico siempre de los hombres por bien intencionados que éstos sean.

Cree también en la vida perdurable, más que en la sobrevivencia. Sin que podamos hacernos una imagen, ni siquiera una idea medianamente detallada de lo que esto significa en concreto. Su esperanza está enraizada en la Historia, "no se desliga de ella": es una resurrección perpetua.

Y confiesa asimismo que "si Cristo no fuera Dios mi creencia en Dios no podría ser lo que es". No especifica más, y algunos hubiéramos querido una explicitación mayor de un problema tan actual como es el de confesar: "Cristo es Dios". ¿Qué significa esta frase que decimos convencidamente los cristianos? Yo he intentado expresar en mi libro *La revolución de lo religioso*, de esta misma colección —con todo lo que de discutible tiene mi explicación—, el sentido que para mí —como para otros católicos actuales— tiene esta frase central del Credo cristiano. Me hubiera gustado por eso una exposición más

pormenorizada de Comín sobre este punto.

Cree también el autor en "la Iglesia pobre". Lo que proclamó más o menos confusamente el Concilio Vaticano II y que para ser una realidad tangible necesitará hacerse la Iglesia oficial un buen lavado interior y exterior, para llegar así a acercarse a este ideal humilde de una Iglesia que no cree en la riqueza, no sólo bajo el aspecto económico, sino bajo todos los aspectos de los medios humanos. Sus medios deben ser "pobres", y no "ricos". Ese es el escándalo más grave en el que vivimos los católicos que no podemos romper del todo los esquemas alienantes de una Iglesia que queremos, aunque no nos gusta porque en lo que la apreciamos es sólo en su deseo de solidaridad y amor, que es el único lazo vital que une de verdad a sus seguidores, y, en cambio, no la aceptamos en todo lo que va en clara contradicción con estos valores positivos del Evangelio.

Por último, como buen católico consciente de su fe universal, pero personal al mismo tiempo, cree en la primacía de la conciencia. Un tema al que los católicos españoles han sido alérgicos, pero que resulta una enseñanza tradicional en la Iglesia, aunque no haya sido consecuente con ella.

Su segundo libro es un buen resumen en el que justifica la postura de un católico que acepta el marxismo de un modo o de otro, pero al menos en su núcleo político, social y económico fundamental. Libro importante, que debían leer sobre todo nuestros obispos, quienes hablan muchas veces guiados por sus temores inconscientes, engalanándolos de aparentes razones, de juicios de racionalidad en el peor sentido freudiano de la palabra, o sea, usados más como un mecanismo de defensa que como un análisis objetivo e imparcial de la realidad.

El planteamiento de su segunda obra es plenamente comunista; es el de un miembro del PC que quiere tener dentro de él una presencia activa, y a pie de igualdad con otros militantes que son marxistas ateos o agnósticos. Para él, el comunismo no entraña una filosofía radicalmente atea, sino que, como afirmó el nada sospechoso Althusser: "Teóricamente, el marxismo no es un ateísmo". ¿Cuál es entonces su postura de fondo respecto a la religión siguiendo las palabras del mismo Althusser?: "Es una doctrina que, en la medida en que la religión existe como obstáculo, está obligado a luchar contra ella".